

EFFECTOS DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL EN EL ORDENAMIENTO URBANO Y REGIONAL EN MÉXICO

Jaime Ornelas Delgado*

Introducción

Los cambios observados en el proceso de acumulación del capital provocados por la modalidad neoliberal adquirida por el modo de producción capitalista en su fase actual¹, no han modificado la esencia de la ciudad capitalista, que continúa siendo la misma: el territorio donde se asientan los soportes materiales necesarios a la producción y reproducción del capital, así como de la reproducción de la fuerza de trabajo fuera del proceso productivo.

Al mismo tiempo, el urbano se mantiene como el espacio privilegiado donde se construye la compleja ingeniería del consenso mediante el cual se legitima la hegemonía de una fracción de la clase dominante sobre el conjunto de la sociedad² y donde, además, se desarrollan las diversas formas de “contrapoder” con que las clases subalternas resisten la dominación del capital. Aún más, la ciudad hoy se ha convertido en la sede de procesos emergentes como la *nueva economía*: “Centrada en el conocimiento y la información como bases de producción, como bases de la productividad y bases de la competitividad, tanto para empresas como para regiones, ciudades y países” (Castells, 2001: 21).

La expansión mundial contemporánea del capital bajo la modalidad neoliberal, entre otras cosas, se caracteriza por la generalización de la economía de mercado, la privatización de los bienes y servicios públicos, la apertura comercial y financiera, así como por el abandono de las actividades que tradicionalmente realizaba el Estado en la economía y, en particular, de las cuestiones urbanas sometidas, hoy, a la estricta lógica del capital y el mercado.

De esta manera, aún y cuando las ciudades conservan su esencia son sometidas a transformaciones permanentes con el propósito de adecuarlas a satisfacer las exigencias de acumulación del capital transnacional. Este proceso de cambios continuos en el proceso urbano y al ordenamiento de la ciudad, impuestos por la globalización neoliberal, ha traído consigo la aparición de la ciudad global y de las megalópolis.

Los resultados preliminares del análisis de esta nueva y compleja realidad de lo urbano y las ciudades, convertidas en espacio privilegiado de la globalización neoliberal lo que termina por generar nuevas formas en el ámbito del ordenamiento territorial, son el motivo central de las siguientes líneas.

El proceso actual de ordenamiento territorial-urbano

La producción de las condiciones generales de la producción y de los medios de consumo colectivo en la ciudad capitalista³, había recaído tradicionalmente en los aparatos

* Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Miembro del SNI. E-mail: ornelasdelgadojaime@hotmail.com

¹ Siendo el *modelo* la forma como la estructura económica realiza históricamente su proceso de desarrollo, la *modalidad* supone una diferenciación histórica dentro del propio modelo que se define por las propiedades que adquiere su desarrollo en un momento determinado sin que se modifiquen las características esenciales del modelo.

² Por hegemonía se entiende la dirección consensual, cultural, política e ideológica de una clase sobre el conjunto de la sociedad, aunque enfatiza Gramsci (1975: 55): “Si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica”.

³ Los medios de consumo colectivo (MCC), son objetos materiales producidos a la manera capitalista, es decir, mediante la relación capital-trabajo, por tanto contienen valor, son trabajo cristalizado; pero su valor de uso no se encuentra materializado por un objeto que pueda venderse, que pueda separar de la esfera de la circulación para

gubernamentales para cuyos fines se utilizaba el capital desvalorizado⁴. Por esa razón bajo el capitalismo, inicialmente, el aparato gubernamental se convirtió en un agente urbano de la mayor importancia en la producción, distribución, localización, gestión y organización espacial en la ciudad.

En cambio ahora, con la imposición en el mundo capitalista de la modalidad neoliberal de la globalización, las acciones gubernamentales en el ámbito urbano-territorial han perdido importancia y sobre todo eficacia, dado que el ajuste estructural de orientación al mercado iniciado en los años ochenta del siglo pasado ha tejido muy finos procesos de poder, ubicados más allá de los propios aparatos gubernamentales que los alentaron.

Con el desplazamiento del Estado de las actividades que tradicionalmente se consideraban dentro de su ámbito de acción, para dejar su realización, exclusivamente, al mercado la razón económica desplaza a la razón social; en otras palabras, el mercado ha impuesto a la racionalidad política, que en la modalidad anterior del capitalismo se expresaba en las múltiples formas de planeación territorial y urbana puestas en marcha a partir de la conclusión de la Segunda Guerra Mundial.

El predominio de la razón económica sobre la social, se sustenta en el dogma que considera al mercado el mecanismo más eficiente para la asignación de los recursos productivos, con lo cual, se concluye, es innecesario –e incluso perverso– imponer la racionalidad política a los procesos económicos, con lo que se termina por limitar, hasta su casi desaparición, la acción del Estado en la economía y se reduce la acción gubernamental a las funciones gerenciales de gestión y protección de los intereses del capital, como ofrecer seguridad jurídica a los inversionistas y mantener el conflicto social en los límites aceptables para el poder económico. En general, se trata de reducir la acción gubernamental a sus funciones de policía⁵, así como a la producción y mantenimiento de las condiciones generales

llevarlo a la esfera del consumo personal o productivo. El efecto útil de los MCC no es, en consecuencia, un objeto sino un trabajo, un valor de uso inseparable del proceso que los ha producido, esto es, de su medio de producción. De esta manera, mientras que cualquier mercancía destinada ya sea al consumo personal o productivo es perfectamente diferenciable de los medios consumidos en su producción, el medio de consumo colectivo es inseparable de los medios materiales que lo producen. Son, por tanto, servicios que se consumen al mismo tiempo que se producen, como es el caso de las clínicas, sanatorios, escuelas, viviendas, etcétera, cuya características es que se orientan a la atención de las necesidades de la reproducción social de la fuerza de trabajo. (Lojkine, 1979.)

⁴ Capital desvalorizado es aquél cuyo valor contenido en las mercancías no se recupera, o se recupera muy lentamente, en los actos de intercambio mercantil. Es decir, si “El valor-capital reaparece como precio de costo de la mercancía es porque y en la medida en que ha sido desembolsado previamente como capital”, se tiene que el precio de costo de la mercancía se halla formado exclusivamente por el capital realmente invertido en su producción y la ganancia sería el remanente del valor de la mercancía sobre su precio de costo, es decir, del capital desembolsado. (Marx, 1968, t. 3: 50 y 51.) Ahora bien, el capitalista comprende claramente que ese incremento de valor brota de las operaciones productivas realizadas tanto con los elementos fijos como los elementos circulantes de todo el capital empleado, ya sea antes del proceso productivo, durante el proceso mismo y en algunas actividades posteriores a él. Por esa razón, el valor de las mercancías producidas es siempre superior a su precio de costo. Al vender los capitalistas las mercancías por su valor: “se realiza una ganancia igual al remanente de su valor sobre su precio de costo, igual por tanto a toda la plusvalía que en el valor de la mercancía se contiene”. (Marx, 1968: t. 3: 54.) El gobierno en cambio, al no actuar movido únicamente por la ganancia, si bien produce a la manera mercantil –por ejemplo, la infraestructura, o los MCC–, puede ofrecer las mercancías sin que requiera recuperar el valor, o recuperarlo a largo plazo, es decir, sin necesidad de valorizar el capital, que surgió inicialmente del ingreso fiscal.

⁵ La idea del “Estado gendarme”, la toman los neoliberales de Adam Smith (1961: 601), quien desde el siglo XVIII, estableció que de acuerdo con el sistema de libertad natural: “El soberano sólo tiene que atender a tres obligaciones, que son, sin duda, de grandísima importancia, pero que se hallan al alcance y a la comprensión de una inteligencia corriente: primera, la obligación de proteger a la sociedad de la violencia y de la invasión de otras sociedades independientes; segunda, la obligación de proteger hasta donde eso es posible, a cada uno de los miembros de la sociedad de la injusticia y de la opresión que puedan recibir de otros miembros de la misma, es decir, la obligación de establecer una exacta administración de la justicia; y tercera, la obligación de realizar y conservar determinadas obras públicas y determinadas instituciones públicas, cuya realización y mantenimiento no pueden ser nunca de interés para un individuo particular o para un pequeño número de individuos, porque el

necesarias para la realización del proceso de acumulación de capital y a la producción y mantenimiento de los soportes materiales que garanticen la reproducción social de la fuerza de trabajo, siempre y cuando, en ese momento esas obras no interesen a los dueños del capital pues cuando se hace rentables se demanda su privatización y se arguye sobre la inconveniencia de la intervención estatal en su producción y gestión.

Particularmente en las ciudades, ante el retraimiento de las actividades del Estado el capital privado empieza a ser el principal agente en las tareas de ordenamiento del territorio, al grado que una de las peculiaridades que en lo urbano impone la modalidad neoliberal de la globalización, puede sintetizarse enfatizando el desplazamiento de los aparatos gubernamentales y el creciente predominio de los intereses del capital privado en el proceso de producción y consumo de la ciudad, lo que termina provocando significativos procesos de exclusión, marginación y empobrecimiento de amplios sectores de la población urbana.

La urbanización global

La urbanización, más allá de la manera como se la conciba o se la defina, tiene actualmente un carácter global y su impacto en las ciudades, tanto de los países desarrollados como de los dependientes, ha provocado transformaciones sustanciales en la forma de vida de la sociedad entera, transformaciones que van desde la producción económica hasta sus expresiones culturales.

Definir la urbanización es una tarea compleja debido a su íntima conexión con factores económicos, políticos, culturales y ecológicos que la determinan. De cualquier manera, debe reconocerse que ese fenómeno es una de las fuerzas más apremiantes de la sociedad y, al parecer, opera actualmente como el territorio principal de la localización y la expansión del capital.

Sin embargo, debemos reconocer que el fenómeno de la urbanización es un proceso que transcurre de manera desigual, es decir, no se instala en todos los territorios del mundo de manera homogénea, aunque como proceso global adopta un carácter integrador de territorios y sociedades sin diferencia, ni diferenciación, alguna.

Esta generalización, sin embargo, poco ayuda a la comprensión del fenómeno mismo de la urbanización ya que si bien se reconoce como un proceso multidimensional, pareciera ser un proceso que se dinamiza a sí mismo, neutral y sin beneficiarios o perjudicados, en todo caso se soslaya su carácter social contradictorio. De ahí que sea necesario señalar a los agentes sociales que lo dinamizan.

Esto significa la necesidad de referirse a los múltiples procesos sociales que se desenvuelven en un territorio específico y diferenciado, esto es, si bien la urbanización es un proceso global es indispensable en el análisis reconocer la desigualdad con que transcurre como proceso social (determinado por el propio desarrollo desigual del capitalismo) y, en consecuencia, reconocer sus particularidades (las diferencias) y contradicciones para desmitificar la supuesta integración homogénea del territorio, sin disputas ni conflictos entre los sectores de la sociedad involucrados en el proceso, como sugieren los teóricos del neoliberalismo que transcurre la globalización misma.

De esta manera, al hablar de urbanización conviene mejor referirse a los aspectos concretos que deben estudiarse específicamente y así, en primer término, evitar que estos se pierdan en lo global, para, en seguida, identificar los agentes sociales que la dinamizan y dirigen en cada caso específico –pues no siempre son, necesariamente los mismos– de acuerdo a sus intereses de clase.

beneficio de las mismas no podría nunca rembolsar de su gasto a ningún individuo particular o a ningún pequeño grupo de individuos, aunque con frecuencia reembolsan con gran exceso a una gran sociedad.”

Como fenómeno social, la urbanización tiene en la demográfica su dimensión fundamental. Bajo este enfoque, se puede definir a la urbanización como un proceso de concentración de la población en los puntos centrales del territorio, proceso que actualmente se encuentra determinado por las condiciones bajo las cuales se desarrolla el capitalismo; esto es, los propietarios del gran capital monopólico transnacional son hoy los agentes dinamizadores y conductores de la urbanización contemporánea, que a su vez ha convertido a las ciudades en el territorio por excelencia de localización y concentración de la expansión capitalista. Bajo estas circunstancias y para cumplir con los intereses del gran capital en los territorios urbanos, es que se ha dejado al margen del proceso de urbanización al Estado.

Si la dimensión fundamental de la urbanización es la demográfica, es decir, la concentración de la fuerza de trabajo en un territorio –lo que da lugar al movimiento de la fuerza de trabajo de un territorio a otro–, es preciso reconocer que “en realidad todo régimen histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias, leyes que rigen de un modo históricamente concreto” (Marx, 1968: t. 1, 534). Y una ley de población peculiar del régimen de producción capitalista consiste en el hecho de que, durante el proceso de acumulación del capital, los trabajadores producen concentrados y en proporciones cada vez mayores los medios para su propio exceso relativo. Esto es, conforme aumenta el capital total su parte variable –la destinada a la compra de fuerza de trabajo– decrece relativamente en el total y en consecuencia: “Como la demanda de trabajo no depende del volumen del capital total sino solamente del capital variable, disminuye progresivamente a medida que aumenta el capital total.” (Marx, 1968: t. 1, 532.) Esta situación, finalmente, alienta la movilización de los trabajadores desde los sitios donde son excedentes, y por tanto no encuentran empleo, hacia otros lugares donde esperan lograr vender su fuerza de trabajo para subsistir.

Lo anterior, entre otras cosas, significa que el proceso de acumulación le brinda al capitalista en el lugar donde lo requiere: “El material humano, dispuesto siempre para ser explotado a medida que lo requieren sus necesidades variables de explotación e independiente, además, de los límites que pueda oponer el aumento real de población.” (Marx, 1968: t. 1, 535.)

En síntesis, las condiciones que finalmente determinan el proceso de urbanización en el capitalismo neoliberal, están determinadas por la ley de población históricamente concreta, por lo que si bien esas condiciones asumen formas y dimensiones distintas, en general se puede decir que tienen las siguientes características:

- 1] El crecimiento natural de la población que vive en la ciudad, primero crece rápidamente y luego declina;
- 2] Se produce, primero, una intensa migración del campo a la ciudad y de ciudades pequeñas y medias a ciudades mayores, que luego se estabiliza; y
- 3] La apresurada y desordenada expansión física de las ciudades que resulta de la movilización de la población y sus actividades del centro histórico a la periferia.

Estos determinantes apresuran el proceso de urbanización y cada una de ellas, a su vez, se encuentra determinada por distintos factores. En el primer caso, por ejemplo, cuenta la estructura de la población por edad y sexo, la forma de distribución del ingreso, el grado de avance sociocultural (particularmente el nivel educativo), o los avances en la salud pública, para determinar los ritmos del crecimiento natural de la población urbana.

Por su parte, el movimiento de la población hacia las ciudades –que no es otra cosa sino el traslado de la fuerza de trabajo de un lugar a otro, que es condición necesaria al desarrollo del capitalismo–, se genera por un doble juego de fuerzas: las de expulsión del campo y las ciudades pequeñas y medias, así como las de atracción emanadas de las grandes ciudades. Las fuerzas de expulsión de la población excedente del campo, se deben, por un lado, a su continuo empobrecimiento, a la baja productividad del trabajo y a la carencia de empleos remunerados: “La expropiación y el desahucio de la población campesina, explica Marx

(1968: t. 1: 633–634), realizados por ráfagas y constantemente renovados, hace fluir a la industria de las ciudades masas cada vez más numerosas de proletarios”. Pero, por otro lado, la modernización de las fuerzas productivas en el campo generan una población excedente, o “superpoblación relativa”, que sólo tiene como alternativa de solución a sus problemas de desempleo y sobrevivencia, su traslado a los centros urbanos en busca de empleo ya que la venta de su fuerza de trabajo es su único medio de subsistencia.

Finalmente, las fuerzas que atraen hacia las grandes ciudades a los habitantes no sólo del campo sino también de ciudades pequeñas y medias, son las mayores expectativas de ingreso, educación, salud, vivienda decorosa, incluso anonimato, entre otras.

En todo caso, el capital dispone siempre de grandes masas de hombres disponibles para ser lanzados de pronto a los puntos de concentración (ya sea dentro de un mismo territorio, o de otro u otros), sin que la escala de producción en el resto de los sectores económicos sufra quebranto alguno: “Es la superpoblación la que brinda a la industria esas masas humanas” (Marx, 1968: t. 1, 535), proceso que termina por abaratar a la propia fuerza de trabajo en las ciudades y alentar el emplazamiento de nuevas empresas y actividades económicas.

La intensificación de la urbanización: nueva configuración urbana

El movimiento creciente de la población hacia las ciudades, ha hecho que, actualmente, buena parte de los habitantes del mundo viva en grandes concentraciones urbanas que se han empezado a constituir como megalópolis, proceso mediante el cual una zona metropolitana integra a otras zonas metropolitanas⁶.

Según las Naciones Unidas, un área urbana con más de 10 millones de habitantes se considera megalópolis y, en este momento, se cuentan 20 megalópolis en el mundo. Asimismo, dentro de las 10 megalópolis más grandes del orbe, siete se localizan en países dependientes, predominando la India donde hay tres; en cambio, ninguna de las megalópolis europeas se halla entre las 10 más grandes del mundo mientras que seis se cuentan en Asia y cuatro en América, dos de las cuales son latinoamericanas (México y Sao Paulo, Brasil) y las dos restantes estadounidenses (Nueva York y Los Ángeles, ciudades de intensa inmigración.)

⁶ “El concepto de zona metropolitana se refiere a aquellas concentraciones urbanas que partiendo de una ciudad central presentan una interacción socioeconómica permanente, constante e intensa con localidades de su periferia inmediata, aunque no se encuentren conurbadas en un mismo tejido urbano (la trama urbana continua se define como *área metropolitana*, a la cual se le suman algunas unidades administrativas contiguas para formar la zona metropolitana.)” (Garza, 2003: 147.)

(Cuadro 1).

CUADRO 1 POBLACIÓN DE LAS DIEZ PRIMERAS MEGALÓPOLIS DEL MUNDO (2001) (Millones de habitantes)		
Posición	Megalópolis	Población
1	Tokio (Japón)	26.5
2	Sao Paulo (Brasil)	18.5
3	Ciudad de México	18.3
4	Nueva York (Estados Unidos)	16.8
5	Bombay (India)	16.5
6	Los Angeles (Estados Unidos)	13.3
7	Calcuta (India)	13.3
8	Dhaka (Bangladesh)	13.2
9	Delhi (India)	13.0
10	Shangai (China)	12.8

Fuente: Organización de las Naciones Unidas, *World Urbanization Prospects: The 2001 Revisión, 2002.*
<http://www.un.org/esa/population/wup2001/WUP2001report.htm>

La megalópolis mexicana –la tercera del mundo en cuanto a número de habitantes–, se constituyó a partir de la zona metropolitana de la ciudad de México (ZMCM), integrada por las 16 delegaciones del Distrito Federal, 40 municipios formalmente declarados conurbados por la legislatura del Estado de México⁷, además de Tizayuca, municipio del Estado de Hidalgo. (Garza, 2003: 154. Cuadro AM-3.)

La ZMCM, convertida en una megalópolis de nivel internacional, ha logrado atraer e integrar a su dinámica a las siguientes zonas metropolitanas del centro de la República:

Puebla–San Martín–Atlixco, en el estado de Puebla;
 Tlaxcala–Santa Ana–Apizaco, en Tlaxcala;
 Lerma–Toluca, en el Estado de México;
 Cuautla–Cuernavaca, en Morelos;
 Pachuca–Tepeji–Tula, en Hidalgo; y
 Querétaro, en el estado de Querétaro.

Megalópolis y globalización

La ciudad se encuentra siempre en la encrucijada de la geografía y la historia, dice Octavio Ianni, y aunque en algunas de ellas predomina alguna de sus características –ya sea política, económica o cultural–, siempre es la ciudad una realidad múltiple, compleja y contradictoria, donde siempre están presentes las condiciones materiales de vida y el resultado de la dinámica de las relaciones sociales, culturales, políticas y económicas.

Por otra parte, para enfatizar el desarrollo desigual del proceso social de urbanización, podemos decir que si bien existen ciudades eminentemente mundiales hay otras que son predominantes en el ámbito regional, nacional o internacional, aunque en la mayoría de los casos las ciudades están fuertemente determinadas por lo que es local y, en ese espacio, ejercen su influencia de vinculación de las actividades económicas, políticas y sociales.

⁷ La conurbación consiste en el proceso de crecimiento económico, poblacional y físico de la ciudad, mediante el cual se incorporan, o integran, áreas circundantes, que antes estaban separadas por usos de suelo no urbanos y que debido a los corredores de transporte propician el uso urbanizado de los mismos. La contigüidad física de esas áreas se da mediante la conexión que propician los corredores y vías de transporte con las áreas urnas más distantes. (Asuad, 2001: 128, nota 190.)

Bajo la globalización neoliberal, los principales agentes responsable de la organización del mapa económico mundial son las corporaciones transnacionales localizadas en los grandes centros urbanos, es decir, en las megalópolis cuyo agente dinamizador ha sido fundamentalmente el capital transnacional⁸. De esta manera:

El sistema de relaciones económicas globales emergentes adquiere forma particular, típicamente urbana, en localidades bajo diversas formas enredadas en el sistema global. El modo específico de su integración en este sistema da origen a una jerarquía urbana de influencias y controles. En la cima de esta jerarquía se encuentra un pequeño número de densas regiones urbanas, a las que llamamos ciudades mundiales. Fuertemente interconectadas entre sí, por medio de decisión y finanzas, ellas constituyen un sistema mundial de control de la producción y de la expansión del mercado. (Ianni, 2001: 48.)

Algunas ciudades localizadas en los países más desarrollados del capitalismo, se han convertido en los sitios de asiento de aquel capital que impone la globalización porque es hegemónico y puede moverse por todo el mundo, que “adquiere características de una inmensa fábrica, acoplada a un vasto *shopping center* y coloreado por una enorme Disneylandia”, enfatiza Ianni (2001: 49.)

Así, la ciudad global sólo podía surgir –como en efecto surgió– a los finales del siglo pasado como condición y resultado de la globalización del capitalismo.

En otras palabras, en términos urbanos el principal resultado de la modalidad neoliberal de la expansión capitalista actual, empujada por el capital y sus empresas transnacionales, ha sido la constitución de una red de ciudades globales que dominan al conjunto de la economía mundial tanto como la cultura y la política del planeta.

Otras megalópolis, si no de influencia mundial sí internacional, también han empezado a reestructurarse para poder cumplir, de manera eficiente, su condición de ciudades dependientes del sistema financiero internacional, al que sirven como vínculo con su propio territorio. Estas aglomeraciones urbanas dependientes (la ciudad de México sería un ejemplo de ellas), al tiempo de haberse convertido en sede de empresas subsidiarias de corporaciones transnacionales, lo pueden ser también de empresas formadas por el capital nativo que tienden a expandirse hacia otras naciones de su periferia y reproducir, así, su propia dependencia que las ata a las grandes metrópolis.

Existen también zonas metropolitanas megalopolitanas, cuya influencia es solamente nacional, es decir, sin trascender, sustancialmente, el ámbito del país donde se localizan. Estas zonas metropolitanas (como puede ser el caso de Puebla–Tlaxcala), se articulan a la ciudad central del país, de la que son tributarias en muchos sentidos, y es precisamente a través de ellas que se organiza territorialmente el capitalismo doméstico bajo los impulso del capital nacional e internacional asentado en la zona metropolitana formada alrededor de la ciudad que ocupa el lugar central en la nación.

Desplazamiento de la acción urbana del Estado

En términos generales, la globalización tiene como eje central la imposición de una cultura hegemónica sustentada en los valores del mercado y la competencia, al tiempo que la acción del Estado en el conjunto de la economía tiende a diluirse a favor del mercado. De esta

⁸ “A mediados de los noventa existían alrededor de 40 mil corporaciones transnacionales en el planeta (90 por ciento de ellas tenían su sede en Estados Unidos, Japón o la Unión Europea), las cuales controlaban 140 mil subsidiarias en el extranjero y tenían ventas por más de 6 trillones de dólares. Se estima que un tercio del producto mundial lo absorben estas corporaciones”. (Garza, 2003: 89.)

manera, la expansión de lo privado desplaza a lo público y, en lo que se refiere a la gestión gubernamental, el eficientismo sustituye a la conducción política, tanto como el cliente–consumidor suplanta al ciudadano.

Respecto del ordenamiento territorial, la separación del Estado, particularmente en todo lo referido a la actividad reguladora del proceso de urbanización, trae consigo, por lo menos, dos problemas estructuralmente graves para el desarrollo de las ciudades, sobre todo de aquellas localizadas en los países dependientes: en primer lugar, ya que pierde fuerza, el Estado empieza por soslayar la gestión de las desigualdades y se abandonan, o se mercantilizan, las acciones orientadas a mejorar las condiciones de vida de los grupos sociales más desfavorecidos, que no encuentran en el mercado solución alguna a su situación; el segundo problema estructural derivado de la disminución de la acción estatal en lo urbano, es la aparición de ciudades excluidas, precisamente aquellas que carecen de capacidades para insertarse en el modelo social modernizador.

El nuevo papel asignado a los gobiernos locales: las ventajas competitivas

La ventaja competitiva es un concepto creado inicialmente por el economista norteamericano Michael Porter (2000: 20), cuyo propósito es lograr que una empresa alcance una “posición competitiva favorable en un sector industrial”, haciéndola capaz de:

Crear para sus compradores un valor que exceda el costo de esa empresa por crearlo. El valor es lo que los compradores están dispuestos a pagar, y el valor superior sale de ofrecer precios más bajos que los competidores por beneficios equivalentes o por proporcionar beneficios únicos que justifiquen un precio mayor.

Además del “liderazgo de costo”, el propio Porter (2000: 21) señala que es posible crear otra ventaja competitiva: la diferenciación del producto (la razón por la cual los consumidores prefieren un bien por encima de otros similares o sustitutos).

En el desarrollo de la teoría de las ventajas competitivas, Michael Porter advierte que la especialización de las naciones sólo se puede dar en ciertos sectores ya que no se puede, y por tanto no se debe pretender, ser competitivo en todos.

De la misma manera, destaca Porter que: “La competitividad de una nación depende de la capacidad de su industria para innovar y mejorar [y sostiene que] Las diferencias en valores nacionales, cultura, estructuras económicas, instituciones e historias, contribuyen todas ellas al éxito competitivo”. (Porter, 1990: 3.)

Al trasladarse este concepto al ámbito urbano se aplicó asignando a los gobiernos locales la responsabilidad de crear ese *valor excedente* –sin costo para el capital–, en favor de los inversionistas con el fin de atraerlos, precisamente, hacia esa ciudad y no a otra. De esta manera, el gobierno de una ciudad al entrar en competencia con todas las ciudades del país y del mundo, incluso, debe actuar, exclusivamente, a favor del territorio que gobiernan por lo que su responsabilidad se limita a crear la infraestructura que permita abatir los costos generales de producción, o para generar el “ambiente local de negocios” que haga la diferencia de la ciudad que gobiernan respecto de todas aquellas que son sus competidoras en la atracción del capital.

La creación de las ventajas competitivas por parte de las autoridades públicas, da a estas su nuevo perfil donde la política es reemplazada por la eficiencia administrativa. En este caso, la acción gubernamental es sustituida por una estrategia pública orientada a generar un conjunto de ventajas capaces de llevar la inversión privada a una ciudad determinada por encima de todas las demás que son consideradas como rivales en la competencia por atraer al capital.

De esta manera, las ciudades se enfrascan en una dura competencia por atraer inversiones –constituyéndose así un mercado de ciudades en busca de recursos privados de inversión–, competencia en la cual los gobiernos de cada ciudad ofrecen al capital privado todo lo que pueden y los capitalistas asumen la estrategia de mantenerse a la expectativa y esperar a ver “quien ofrece más” para decidir finalmente la localización de su inversión de acuerdo a las “ventajas competitivas” de cada ciudad en competencia.

Para atraer al capital, las autoridades locales –consideradas ya como gerentes– despliegan y coordinan con todos los sectores sociales una amplia gama de actividades y se esfuerzan por ofrecer una serie de ventajas con el propósito de hacer competitiva la ciudad que aspira a ser asiento de las nuevas inversiones. Por supuesto, la inversión para crear las “ventajas competitivas” de la ciudad corre a cargo de los recursos fiscales, de los gobiernos en todos sus órdenes y el éxito de cada gestión se determina midiendo la magnitud de las inversiones que logran atraer las autoridades, convertidas ahora en meras promotoras de ventas de la ventajas que ofrece la ciudad que *administran*.

Por esa razón, entre otras, en la “mundialización de la competencia” los gobiernos adquieren una gran importancia en el logro del éxito competitivo de las empresas localizadas en la ciudad de la que se convierten en gestores, especie de gerentes cuyo único deber es constituir las ventajas competitivas de la ciudad y “promoverla nacional e internacionalmente” como el mejor sitio para el asiento del capital.

En otras palabras, la modalidad neoliberal del desarrollo capitalista ha implicado el cambio sustancial de las funciones y niveles de la intervención estatal. En particular, respecto de la cuestión urbana se considera el papel del Estado de una importancia creciente en tanto, y sólo en tanto, asuma la responsabilidad de preparar las condiciones necesarias para que las empresas que se asientan, y se asienten en el futuro, en la ciudad alcancen el éxito, al servicio del cual se ponen todos los recursos y acciones públicas posibles, además de los valores, cultura, estructuras económicas y jurídicas, instituciones e historias nacionales y/o regionales.

De esta manera, cuando por gozar con las condiciones adecuadas deciden ubicarse en una ciudad empresas privadas que tuvieron éxito en el mercado nacional, y mejor si el éxito ocurre en el mercado mundial, se puede decir entonces que esa ciudad y su gobierno también triunfan, simple y llanamente, porque supieron atraer e impulsar para facilitar el éxito a esas empresas. En todo caso, valores nacionales, cultura, estructura económica y jurídica, instituciones e historia tienen, ¡por fin!, en la globalización neoliberal una utilidad y un sentido preciso: servir incondicionalmente al capital privado para lograr la competitividad que haga triunfar a las empresas, es decir, obtengan la máxima ganancia posible.

Esta propuesta se ha convertido en el fundamento neoliberal de la estrategia de desarrollo urbano, que enfatiza la competencia entre las ciudades, en el ámbito nacional e internacional, que luchan por atraer inversiones, situación que las enfrenta entre sí pues todas luchan, con la misma o mayor intensidad, con los mismos u otros recursos que los gerentes municipales –antes presidentes municipales– crean y promueven para atraer inversiones.

Generalmente, el énfasis se coloca en la diferenciación, consistente en la constitución de factores que permiten a una ciudad diferenciarse de las demás por alguno o algunos factores que las haga atractivas, o por mejor decirlo hacerlas más competitivas, por ejemplo generalizando la existencia de fuerza de trabajo calificada, sumisa y adiestrada (aquello que los ideólogos neoliberales llaman “capital humano”), o bien construyendo las condiciones generales de la producción que abaten los costos de producción de las empresas asentadas en su territorio.

Como puede observarse en el proyecto neoliberal la dimensión urbana, definida como la base territorial del proceso de acumulación sustentado en el libre juego de las fuerzas del mercado, resulta clave en el proceso de reproducción del capital y de ahí el impulso a

estrategias como la descentralización que procuran transferir a las ciudades, y a sus gobiernos la responsabilidad de estructurar su territorio y su sociedad de acuerdo con las necesidades del capital, es decir, hacer funcional la ciudad y su gobierno en la expansión del capitalismo en los términos impuestos por el mercado.

En todo caso, se pretende hacer del gobierno de la ciudad el agente capaz de diseñar y llevar a cabo estrategias que le permitan hacer la gestión de las necesidades del capital y mantener un orden social que posibilite la nueva forma de acumulación, en otras palabras generar las llamadas “condiciones locales”, el “ambiente de negocios” adecuado para atraer al capital, que busca precisamente territorios urbanos donde encuentre las facilidades necesaria para su reproducción más rápida y ventajosa.

Nadie mejor para expresar esta situación con mayor claridad y fuerza, que el Director de Estudios Económicos del ya desaparecido Grupo Financiero Banamex–Accival, Alberto Gómez Alcalá (1998: 218), quien en la V Reunión Plenaria de Consejeros de esa institución señalara:

La inversión en infraestructura y los incentivos locales para el crecimiento pueden complementarse; la inversión en infraestructura es más rentable si el ambiente de negocios local mejora simultáneamente [...] En los ambientes locales tenemos que trabajar con mayor intensidad [...] Debemos transparentar las agendas locales e impulsar su difusión, ligar recursos, ayudas y entidades [...] Es necesario fomentar la competencia entre Estados, que será sana si ocurre bajo el principio de ver donde existen los mejores incentivos para invertir.

Ni más ni menos que la ciudad y su gobierno puestos al servicio de la inversión, el mercado y la ganancia. Ciudad y gobierno sometidos al capital sin necesidad de un, estorboso, proyecto nacional capaz de articular y potenciar los esfuerzos individuales en pos de objetivos y metas comunes.

En estos términos, las contradicciones entre las ciudades de una misma nación que compiten entre sí para atraer al capital privado –que recibe trato de nacional en todas partes–, se hacen cada vez más agudas y la competencia adquiere elevados niveles de agresividad (que, incluso, llega a considerarse una virtud) en la medida que el capital que disputan es cada vez más exigente y dispone de abundantes ofertas de territorio para su localización.

En este nuevo esquema, las desigualdades entre las ciudades se convierten en las diferencias que alienta la localización territorial del capital privado; de la misma manera, la infraestructura física, las condiciones generales de la producción, que abaten la inversión privada en capital constante, lo que permite retrasar la aparición de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, se convierten en las ventajas competitivas de una ciudad sobre las demás: “En este contexto, los regionalismos son parte de las desigualdades y, por ende, bienvenidos al nuevo modelo.” (Hiernaux, 1993: 11.)

Esta situación de competencia extrema, donde se carece de un proyecto nacional compartido y el país se considera apenas un mercado sin fronteras, significa acrecentar el riesgo de pérdida del concepto de nación en tanto se alienta el fraccionamiento del territorio en pequeñas localidades urbanas que polarizan regiones, que muchas veces pretenden separarse de la unidad nacional, más preocupadas siempre por lograr su viabilidad como ciudad–región, que contribuir al logro de objetivos nacionales que muchas veces ya ni siquiera existen⁹.

⁹ Recientemente, Guayaquil, la mayor ciudad y polo económico de Ecuador acentuó su demanda de autonomía (incluso de ha planteado declarar a Guayaquil república autónoma) y en Bolivia las oligarquías de cuatro departamentos, encabezadas por la de Santa Cruz (una de las regiones más ricas del país), reiniciaron un movimiento separatista mediante el cual enfrentan al gobierno de Evo Morales.

La estrategia neoliberal de ordenamiento urbano y territorial en México

A partir de la imposición de la modalidad neoliberal de la globalización, la competencia y rivalidad extrema entre las ciudades, así como la prioridad otorgada a la atención de las necesidades del capital en el ordenamiento urbano–territorial, se han convertido en las características de las relaciones inter e intra urbanas en el mundo. México no escapa a esa situación.

En efecto, los gobiernos neoliberales mexicanos, siguiendo las propuestas de Michael Porter sobre las “ventajas competitivas, han asumido que la competencia es el factor que estimula la diferenciación de las ciudades y regiones, además de elevar los atractivos perseguidos por el capital para ubicarse en una u otra ciudad o región, pues dice Porter (1990: 13):

La rivalidad interior es, posiblemente, la más importante ventaja competitiva a causa del poderoso efecto estimulante que ejerce sobre los demás factores de atracción. [Asimismo] La concentración geográfica magnifica el poder de la rivalidad interior. [De esta manera] Dos elementos, la rivalidad interior y la concentración geográfica, tienen especialmente gran poder para lograr elevar la competitividad de la organización.

Con estos criterios, en México se puede observar una intensa competencia entre las ciudades del país –que parecen no participar de un proyecto común de nación–, dado que se afirma desde el aparato gubernamental que la competencia es la única manera de promover mejoras en las condiciones locales que atraigan al capital, que siempre busca ubicarse en las localidades o regiones que le permitan alcanzar sus propósitos de máxima ganancia.

De esta manera, cada ciudad a su modo y dentro de sus posibilidades tensadas al extremo, promueve todo aquello que cree puede permitirle atraer al capital: desde la desregulación en materia ecológica hasta el ofrecimiento de trato nacional a la inversión extranjera, pasando por los estímulos fiscales, facilidades al establecimiento de los procesos industriales, o comprometiéndose a adiestrar a la fuerza de trabajo en las habilidades y competencias específicas requeridas por el capital y, con las respectivas complicidades y si fuera necesario con la fuerza misma, contener las demandas de aumento salarial y apresurar la flexibilización de las relaciones laborales, sobre todo eliminando todo tipo de prestaciones contractuales.

De acuerdo con Rodolfo Tuirán (*El Financiero*, 24 de enero de 2005: 52), subsecretario de Ordenación del Territorio de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) en el gobierno de Vicente Fox, las ciudades deben ordenarse, simple y llanamente, para elevar su competitividad económica como solución a su desordenado crecimiento, a su desarticulación y segregación:

El patrón de crecimiento de las ciudades –señala el funcionario– es desordenado, desarticulado y segregado, por lo cual se debe potenciar su competitividad económica, ordenar su expansión, garantizar una adecuada dotación de infraestructura, contar con fuentes seguras de abastecimiento de agua e impulsar redes de transporte eficientes

De esta manera, más que procurar el bienestar social corresponde a los gobiernos locales acometer la tarea de construir las condiciones generales de la producción que eleven la competitividad económica de la ciudad con el propósito de arrebatar inversiones a las ciudades cercanas, o lejanas, pertenecientes al mismo estado, o a cualquier otro del propio país, o del mundo si es preciso, pues a todas se las considera rivales a las que es necesario vencer, y vencer significa atraer al capital.

Finalmente, todas esas acciones y muchas más demandas por los dueños del capital se han ido constituyendo como exclusiva responsabilidad de los gobiernos locales, que así podrán encontrar su razón de ser: ponerse al servicio exclusivo del capital.

Esta actitud de servicio y servidumbre, ha sido aprovechada por las empresas transnacionales, particularmente las maquiladoras de exportación, que han encontrado condiciones óptimas de localización en las ciudades de la frontera norte del país convertidas en polos de atracción para el capital extranjero, lo que ha dado lugar a una urbanización caracterizada por el rápido y desordenado crecimiento, con limitadas inversiones en MCC lo que deteriora el nivel de vida de la población y la orientación del gasto pública hacia la apresurada construcción de condiciones generales de la producción.

Con todo ello se establecen nuevas tendencias en el proceso de ocupación y organización del territorio nacional, que deja de ser guiado por el gobierno –si es que alguna vez lo fue, aunque ahora la renuncia es explícita–, para obedecer estricta y fundamentalmente a las necesidades del proceso de acumulación del capital, por un lado, y a las de la integración con Estados Unidos, por el otro.

De esta manera, si en México tradicionalmente la estructuración del territorio tuvo como su principal referente ordenador la zona metropolitana de la ciudad de México, en estos momentos un nuevo polo, la economía norteamericana, empieza a ser determinante en el reordenamiento territorial del país tanto como en la expansión de la urbanización. Así, las nuevas ciudades de atracción de la inversión extranjera, sobre todo las localizadas en la frontera con Estados Unidos, o en sus cercanías como es el caso de la costa noroeste del Océano Pacífico, o la región del Caribe, han empezado a concentrar y centralizar la producción y el capital, lo que alienta el movimiento de la fuerza de trabajo hacia ellas, apresurando el desordenado crecimiento urbano¹⁰.

De esta manera, migrantes de toda la República se trasladan en flujos continuos hasta Tijuana en Baja California, o a Ciudad Juárez en Chihuahua, haciendo crecer rápidamente la demanda de vivienda y servicios que el gobierno no está dispuesto a otorgar sino más bien a privatizar, es decir, a entregarlos al capital privado y someterlos a la lógica de la ganancia y permitir a los monopolios privados lucrar con las necesidades colectivas.

Esas ciudades de concentración capitalista reciente, ofrecen al capital privado beneficios superiores a las ciudades de concentración tradicional en tanto que su “necesidad de desarrollo” las hace ofrecer un mayor número de ventajas a la inversión privada. Esto, a su vez, impulsa una patética “modernización” de las ciudades tradicionales, aunque ambas –las recientes y las tradicionales– terminan por suprimir las conquistas laborales y ofrecer infraestructura y servicios urbanos, casi sin costo para las empresas, ya que ninguna autoridad de las ciudades quiere perder la oportunidad de recibir las inversiones que “modernicen” la vida y la estructura productiva urbanas.

Las empresas maquiladoras de exportación han encontrado en las ciudades colindantes con Estados Unidos, nuevos espacios de localización que además de facilitarles el acceso al mercado norteamericano disponen de todos los servicios urbanos y de aquellos necesarios para la producción, así como abundante mano de obra mal pagada y con limitadas, o reprimidas, aspiraciones sociales que le permiten a los dueños del capital elevar sus ganancias y a los gobiernos disminuir la dotación de medios de consumo colectivo para elevar los recursos y hacer más eficiente y atractiva la infraestructura que demanda el capital para su acumulación.

¹⁰ En un estudio elaborado por la Sedesol, en 2004 y que se presentó al Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para conseguir recursos destinados al programa Habitat –destinado a combatir la pobreza urbana–, dijo Josefina Vázquez Mota, titular de esa dependencia: “Y en cuestión de migraciones, que hoy han llevado a graves problemas de pobreza urbana a las fronteras de México –explicó la secretaria– que si bien en el pasado todos los caminos conducían a la capital del país, ahora los principales flujos migratorios se dan entre ciudades como Tijuana, Ciudad Juárez, Reynosa, Cancún y Puerto Vallarta”.

Pero si bien las maquiladoras de exportación se han establecido en la frontera norte del país, a partir de la entrada en vigor, el primero de enero de 1994, del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLCAN), diversas ciudades se han convertido en asiento de nuevas y modernas plantas industriales de capital transnacional sometiendo su dinámica de expansión a su vinculación con la economía estadounidense.

Así, Hermosillo, capital del norteño estado de Sonora, que había sido un centro tradicional de comercialización y abastecimiento de una rica zona agrícola, se ha transformado en importante metrópoli industrial a partir de la localización inicial de una ensambladora de automóviles Ford y más recientemente de otras empresas transnacionales, lo que le permite tener en estos momentos una producción industrial superior a la de Tijuana y muy cercana a la de Ciudad Juárez, ciudades que iniciaron desde hace mucho más tiempo su industrialización. Por su parte, San Luis Potosí, localizado en el eje carretero de influencia del TLCAN, ya supera la producción manufacturera sumada de Tijuana y Ciudad Juárez. Otra ciudad, Aguascalientes, alcanza ya un valor de su producción manufacturera similar a la de Tijuana y en ella se han localizado empresas como la Nissan (automóviles), Xerox y la Texas Instruments. (Garza, 2003: 94.)

Todas esas ciudades y otras más donde se han implantado muchas empresas de capital transnacional, buena parte de ellas con tecnología y organización del trabajo similar al de sus empresas matrices, se localizan en los estados del norte del país, cuya relación económica y cultural se ha vuelto más intensa con la economía norteamericana que con la mexicana, particularmente a partir, y como efecto, de la entrada en vigor del TLCAN.

En otros casos, ciudades consideradas con potencial turístico se han convertido en enclaves del capital extranjero en el territorio nacional, ante la mirada no sólo complaciente sino también la actitud alentadora de las autoridades locales y nacionales. Desarrollos turísticos destinados al turismo extranjero, como Cancún en Quintana Roo o Los Cabos en Baja California Sur; se han conformando como zonas desarrolladas por la inversión gubernamental en infraestructura para atraer al capital transnacional que es predominantes en esas ciudades.

Aún más, el neoliberalismo ha logrado profundizar las diferencias urbano-regionales en el país apresurando la dependencia del capitalismo mexicano¹¹ y acentuando al interior del país el desarrollo desigual entre las regiones, lo que se ha convertido en una de las características sobresalientes de capitalismo mexicano. Así, por ejemplo, de las 100 empresas con mayores ventas al extranjero, 61 realizan sus operaciones desde la ZMCM y 23 en Monterrey. Y las tres entidades donde se asientan esas empresas (Distrito Federal, Estado de México y Nuevo León), aportaban el 40 por ciento del PIB nacional. Las restantes 16 empresas exportadoras, se ubican en ciudades de ocho estados: Chihuahua, Coahuila, Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Baja California, Puebla y Querétaro. Ninguna, por cierto, en la región Sursureste del país.

Este hecho parece demostrar que en la modalidad neoliberal del capitalismo mexicano, el proyecto empeñado en hacer crecer la economía sobre la base de las exportaciones, ha generado una creciente desproporcionalidad en la economía y el territorio nacionales, entre ciudades y regiones que concentran las actividades de exportación y otras tributarias de aquellas.

¹¹ Se entiende por dependencia: "Una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia. El fruto de la dependencia no puede ser por ende sino más dependencia, y su liquidación supone necesariamente la superación de las relaciones de producción que ella involucra." (Marini, 1977: 18.)

Consideraciones Finales

Las tendencias modernizadoras y los cambios económicos surgidos de la imposición de la modalidad neoliberal del capitalismo en México, han desencadenado diversas y profundas modificaciones en los patrones de la organización territorial y la urbanización.

La propuesta de modernización neoliberal, en términos urbanos, se ha traducido en un proceso selectivo en tanto que el nuevo paradigma tecnológico en vez de eliminar la dimensión territorial la hace estratégica. Y si reconocemos que, en estos momentos, resulta fundamental para el capital la elección de un territorio adecuado para la localización de la totalidad, o de un fragmento de un proceso productivo, es posible comprender la importancia que adquiere ahora la dimensión urbana, que refuerza su condición como la base territorial de la acumulación del capital.

Por ello, las políticas de descentralización se mantienen como el eje central de la política territorial desde el gobierno de Miguel de la Madrid¹², pues se trata de transferir a los gobiernos locales la obligación de estructurar el territorio –urbano y regional– de acuerdo con las necesidades del capital. Con esto, se pretende que las ciudades sean una especie entidades semiautónomas capaces de generar sus propios recursos y hacer la gestión de las necesidades del capital. Por esa razón, los centros urbanos, hoy, compiten entre sí para atraer las inversiones privadas y esa competencia se hace cada vez más agresiva en la medida que aumenta la creencia de que sólo el capital salva.

En México, los recursos que el gobierno federal entrega a los estados y los municipios se recomienda utilizarlos para acentuar las diferencias territoriales entre ellos con el fin de hacerse atractivos al capital privado, nacional o extranjero (para el caso resultan lo mismo y por eso desde el poder se habla de manera reiterada sólo de capital sin adjetivos.)

En este nuevo sistema de relaciones, las desigualdades intra e interurbanas más que factor negativo son percibidas como posibles ventajas para la acumulación, pues se las debe convertir en ventajas competitivas de una ciudad en contra de todas las demás.

Por su parte, los aparatos de Estado se dedican a impulsar la aparición de condiciones diferenciales y competitivas entre las diversas ciudades y regiones que conforman, aún, el Estado nacional.

Así las cosas, la estrategia neoliberal no debe identificarse con la falta de propósitos gubernamentales en materia urbano–regional, sino como una estrategia determinada por la búsqueda de líneas de acción diferentes, ligadas a otros factores y a otras estrategias acordes con el propósito central de lograr una “inserción eficiente y funcional” de las ciudades “mejor dotadas” en el circuito de acumulación internacional de capital.

A lo anterior debe agregarse la apropiación por parte del capital privado de nuevos territorios que le permiten apresurar y ampliar su ciclo de reproducción, tal como es el caso de los centros turísticos de exportación, o el intento de apropiación de la región Sursureste de México y de toda Centroamérica mediante el Plan Puebla–Panamá, cuya marcha silenciosa lo hace ahora más peligroso a los intereses de los pueblos.

En este mismo sentido, también podemos decir que con el neoliberalismo se abandona

¹² El siete de mayo de 1982, Miguel de la Madrid en uno de sus discursos de campaña electoral, dijo refiriéndose a la necesidad de la descentralización: “Nuestra práctica política dio al federalismo, por necesidad, una dinámica centralizadora que permitió durante una larga fase histórica, multiplicar la riqueza, acelerar el crecimiento económico y el desarrollo social, y crear centros productivos modernos. Hoy sabemos bien que esa tendencia ha superado ya sus posibilidades, de tal manera que la centralización se ha convertido en una grave limitante para la realización de nuestro proyecto nacional [...] Si la necesidad nos condujo a centralizar decisiones y actividades como solución obligada, hoy se traduce en muchos ámbitos en mayores costos que beneficios [...] Tenemos que descentralizar la vida nacional: descentralizar en el campo de la política, de la administración pública, de la economía y de la cultura”. Desde ahí arranca la política de descentralización.

cualquier propósito de impulsar el desarrollo de las regiones menos desarrolladas, en tanto se enfatiza la idea de considerar al gasto público, incluido el gasto social, regido por la racionalidad y la optimización, es decir, por la eficiencia productiva sin ninguna consideración social, lo cual exige una superconcentración de los rubros del gasto en determinadas ciudades –aquellas que más contribuyen al desarrollo del capitalismo–, lo que provoca el abandono de la inversión pública productiva y social en aquellas ciudades poco funcionales a la reproducción del capital en tanto carecen de las condiciones exigidas por la racionalidad modernizadora. Con este criterio, los gobiernos neoliberales han renunciado a diseñar y conducir una política urbana y regional que tenga como propósito eliminar desigualdades y procurar el bienestar social.

Finalmente, podemos decir que la modalidad observable en este momento respecto del proceso de ocupación del territorio mexicano, se sustenta en los siguientes puntos:

- 1) El desplazamiento de los aparatos gubernamentales por la creciente preeminencia de los intereses del capital privado en el proceso de regulación del uso de suelo y la explotación de los recursos naturales.
- 2) Intervención determinante del sector privado en la dotación de medios de consumo colectivo en las ciudades, lo que significa, además de una creciente marginación de los grupos de más bajos ingresos, la conformación de nuevos espacios urbanos segregados, haciendo de la ciudad un espacio sólo habitable para la población de mayores ingresos.
- 3) La creciente integración de amplias franjas del territorio nacional particularmente, aunque no sólo, ubicadas en la frontera norte del país, así como de muchas otras regiones y ciudades a la dinámica de la acumulación de capital estadounidense, está significando una nueva expansión de la “frontera económica” de Estados Unidos.
- 4] Junto con ello, se fortalece la tendencia a facilitar al capital extranjero la ocupación de aquellas partes del territorio nacional que muestran algún potencial turístico.
- 5) Finalmente, el notorio esfuerzo de los gobiernos neoliberales para implantar un nuevo patrón de acumulación tendiente a lograr la incorporación subordinada de la economía mexicana a la norteamericana, ha significado un fuerte impacto territorial que acentúa las diferencias urbano–regionales conformadas a lo largo del desarrollo capitalista del país y que la inversión pública de las dos últimas décadas ha contribuido a profundizar, dado que su orientación y localización han dependido más del interés y propósito de la inserción a la economía norteamericana que a cualquier propósito de desarrollo urbano y regional determinado por un proyecto nacional de desarrollo.

Bibliografía

- Aguilar, Luis F. (2003) *Gestión estratégica. Conceptos básicos*, Gerencia Pública, S. C, México.
- Asuad Sanén, Normad (2001). *Economía regional y urbana*, Dirección de Fomento Editorial de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Colección Pensamiento Económico, Puebla, México.
- Banco Mundial (2003). *Informe sobre el Desarrollo Mundial, 2003*, Washington, USA.
- Castells, Manuel (2001). "La ciudad de la nueva economía", *Memoria*, número 144, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, México, febrero, pp. 21/28.
- Friedman, John (1999). "El reto de la planeación en un mundo sin fronteras", *Ciudades*, número 42, Red Nacional de Investigación Urbana, Puebla, México, pp. 3/11.
- Friedman, John (1976). *Urbanización, Planificación y Desarrollo Nacional*, Editorial Diana, México.
- Gamboa Ramírez, Ricardo (1993). "Servicios públicos urbanos y privatización: Una visión histórica comparada", en Carlos Bustamante Lemus (coordinador y compilador). *Las grandes ciudades de México en el marco actual del ajuste estructural*, Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Garza, Gustavo (2003). *La urbanización de México en el siglo XX*, El Colegio de México, México.
- Gómez Alcalá, Alberto (1998). "El esfuerzo por el desarrollo regional", *Examen de la Situación Económica de México*, Volumen LXXIV, número. 870, Grupo Financiero Banamex–Accival, México, mayo, pp. 212/218.
- Gramsci, Antonio (1975). *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Juan Pablos Editor, Obras, t. 1, México.
- Gutiérrez Chaparro, Juan José (1999). "Planeación estratégica en ciudades", *Ciudades*, número 42, Red Nacional de Investigación Urbana, Puebla, México, abril–junio, pp. 7/11.
- Hiernaux Nicolás, Daniel (1993). "En la búsqueda de un nuevo paradigma regional", en Blanca Ramírez (compiladora). *Nuevas tendencias en el análisis regional*, Universidad Autónoma Metropolitana–X, México, pp. 33/48.
- Ianni, Octavio (2001). *La era del globalismo*, Siglo XXI Editores, 2ª edición, México.
- Jaramillo, Samuel (1983). "Crisis de los medios de consumo colectivo urbano y capitalismo periférico", *Tabique*, número 4, Cuadernos de Material Didáctico, Facultad de Arquitectura, UNAM, México.
- Kering, Claus (1994). "Economía, población y desarrollo", *Planeta y Población*, edición especial de aniversario de *La Jornada*, 19 de octubre.
- Lojkine, Jean (1979). *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, Siglo XXI Editores, México.
- Marini, Ruy Mauro (1977). *Dialéctica de la dependencia*, ERA, Serie Popular, Número. 22, México, 3ª edición, México.
- Marx, Carlos (1968). *El Capital*, tres tomos, Fondo de Cultura Económica, México.
- Marx, Carlos (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857—1858*, dos Volúmenes, Siglo XXI editores, 2ª edición, México.
- Pipitone, Ugo (2003). *Ciudades, naciones, regiones. Los espacios institucionales de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Porter, Michael (1990). "¿Dónde radica la ventaja competitiva de las Naciones?", en *Harvard–Deusto Business Review*, Cuarto Trimestre, pp. 3/23.
- Porter, Michael (2000). *Ventaja competitiva. Creación y sostenimiento de un desempeño superior*, Compañía Editorial Continental, S. A. de C. V, México, 2000.
- Smith, Adam (1961). *Indagación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, Editorial Aguilar, Madrid.